

que sufrió la moneda recordaba a la que había tenido lugar en Zimbabue unos años antes. A partir de entonces, el valor del dólar era calculado cada hora y pasó a convertirse en el tema de todas las conversaciones. Mientras el calor infernal de la hiperinflación marchitaba el dólar, la gente cambiaba a toda prisa su dinero por coches, muebles, electrodomésticos, herramientas, monedas raras, cualquier cosa que tuviese un valor tangible. Esto provocó un sobrecalentamiento de la economía y condujo a una situación que tenía muchos paralelismos con la que se vivió en la Alemania de la república de Weimar en la década de 1920. Cada vez más papeles servían para conseguir menos productos.

Con una economía sobrecalentada, el gobierno no podía hacer nada para controlar la disparada inflación, a menos que diese la orden de detener las prensas. Pero eso tampoco era posible, ya que los ahorradores seguían acudiendo a los bancos a sacar todos sus ahorros. Un tertuliano en un programa de radio describió la situación como «una serpiente que se muerde la cola». Los burócratas de Washington D. C. no podían hacer nada aparte de quedarse mirando. Décadas atrás, ellos mismos habían plantado la semilla al aumentar el déficit: ahora estaban recogiendo la tempestad. Los trabajadores que todavía mantenían su empleo entendieron rápidamente lo que significaba la descomunal inflación. Exigieron que sus salarios se ajustaran diariamente a la tasa de inflación, y en algunos casos exigieron que se les pagara por días.

En dos semanas, los ciudadanos que tenían unos ingresos fijos fueron barridos económicamente hablando, por la hiperinflación. En este grupo estaban incluidos los pensionistas y también los que cobraban la prestación por desempleo u otros subsidios de carácter social. Muy pocos podían permitirse comprar un bote de judías cuando este pasó a costar ciento cincuenta dólares. Los tumultos empezaron poco después de que la inflación se desbocara y superara la marca del mil por ciento. Detroit, Nueva York y Los Ángeles fueron las primeras ciudades en presenciar saqueos y disturbios a gran escala. Poco después, la mayor parte de las grandes ciudades fueron engullidas por las revueltas.